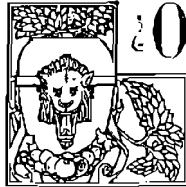




El año mil



¿OS imagináis la aurora del primer día del año mil? ¿Recordáis que ese fenómeno de todas las mañanas fué casi un milagro, fué promesa de vida nueva para las generaciones que acababan de salir del siglo décimo?

El término que las poesías etruscas señalaron a la vida de Roma; la venida del Señor a llevarse a los muertos y a los vivos, anunciada inminente por Pablo a los primeros cristianos; los pocos siglos de vida que desde el tiempo de Lattanzio se creía que quedaban al mundo; el presentimiento del juicio final próximo sacado por Gregorio Magno de las desesperantes ruinas de los años suyos; todos estos errores juntos, como nubes diversas que agrupándose hacen temporal, contribuyeron, al terminarse el primer millar de años cristianos, a formar un solo e inmenso terror. Mil y no más de mil—según las tradiciones, había dicho Cristo; después de mil años, se leía en el Apocalipsis, Satanás será libertado. Efectivamente, en las suciedades del siglo décimo; en el fraccionamiento de la monarquía y de la sociedad de los conquistadores en mil unidades feudales; en la abyección infalible del pontificado cristiano; en las invasiones procelosas de bárbaros nuevos y horribles ¿no era lícito reconocer los siglos precursores descritos por el vidente de Patmos? Corrían voces ya de nacimientos monstruosos, de grandes batallas combatidas en el cielo por guerreros ignotos, caballeros sobre dragones. Por todo eso, ningún siglo fué tan desgraciado y cobarde como el décimo. ¿Qué podía importarles de la patria y

de la sociedad humana a los moribundos que esperaban, de hora en hora, la presencia de Cristo Juzgador? Además, antes que comprarse de nuevo una mísera vida con el dinero buscado entre las cenizas de la patria incendiada por los húngaros, como habían hecho los 200 que sobrevivieron en Pavía ¿no era mejor dormir juntos sepultados bajo la ruina de los Alpes y de los Apeninos? Bautizarse y prepararse a la muerte, esa era toda la vida. Algunos, a decir verdad, se movían; buscaban, nuevos peregrinos, el valle de Josafat para esperar allí, más de cerca, el primer anuncio de los clarines supremos.

Fué este el último grado de la debilidad y del envilecimiento hacia los cuales las ideas de los ascetas y la violencia de los bárbaros habían conducido a la Italia romana. Y ¡qué estupor de alegría y qué grito subió al cielo de las turbas reunidas en grupos silenciosos alrededor de los jefes feudales, angustiadas y sollozantes en las iglesias tenebrosas y en los claustros, dispersas con pálidos rostros y murmullos apagados por las plazas y por los campos, cuando el sol, eterna fuente de luz y de vida, se levantó triunfal, la mañana primera del año mil! Relampagueaban aún bajo sus rayos las nieves de los Alpes, tremulaban aún conmovidas las ondas del Tirreno y del Adriático, soberbios corrían de las rocas alpinas por las ricas llanuras los ríos patrios, se teñían de rosa al rayo matutino tanto los muros negros del Campidoglio como las cúpulas azules de las basílicas de María. ¡El sol! ¡El sol! ¿Todavía hay una patria? ¿Existe el mundo? Y la Italia extendía los miembros encogidos por el hielo de la noche, y quitábase de la cabeza el velo del ascetismo para mirar al Oriente.

JOSUÉ CARDUCCI.



Album de Froylán Turcios

Primera página

Cálamo, deja aquí correr tu negra fuente.
Es el pórtico en dónde la Idea alza la frente
luminosa y al templo de sus ritos penetra.
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra
en gloria del vidente cuya alma está en su lira.
Bendición al que entiende, bendición al que admira.
De ensueño, plata, o nieve, esta es la blanca puerta.
Entrad los que pensáis o soñáis. Ya está abierta.

RUBÉN DARÍO.

Río de Janeiro.

Ultima página

Voy a cerrar el libro; y es en Madrid. Lo cierro
con una de esas viejas llaves de heroico hierro
que servían, ha siglos, a mis antepasados
para clausurar puertas y sujetar candados
en catedrales llenas de sombras y de luces
(altares, cirios, naves, imágenes y cruces).

I bien: en el sentido de las paganas cosas
éste libro es un templo. Tal son nueve sus diosas.
I en el culto moderno de nuestra Poesía
yo en Madrid y en el nombre de la América mía,
cierro este libro y pongo como un antepasado
mi firma rechinante cual si fuese un candado.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Madrid.



DE IL PECCATO DI MAGGIO

Paseábamos el bosque Recuerdo: era sutil
mi compañera, y rubia. En la nuca infantil
tenían sus guedejas esas tintas extrañas
que a los cabellos diera Tadema. Las pestañas
largas; del ojo el iris verde, rechispeante
con mil átomos de oro

De la hierba odorante
ella surgía erecta como columna viva.
El bosque . . . Los dos solos . . .

Bajo la luz de arriba
parecían los troncos como en bronce fundidos,
y bajo las cortezas se oían, interrumpidos,
subir los forcejeos de la savia que estalla,
el romper de las yemas, la vida que batalla.

¡Oh ninfas, hamadriades que estáis en las raíces
ocultas de los bosques! ¡Los amores felices
nunca cantar supisteis, ni el pagano paseo
donde me requemaha la llama del deseo?

Yo contemplaba mudo a Yela. Sus acerbas
risas campanillaban entre las altas hierbas
mecidas por el viento, y bajo la espesura
de los copudos árboles, palios de la verdura.
La mansión de sus dientes castamente se abría
para mostrarme el arco rosado de la encía
—ese arco de la encía, rojo casi cruelmente—
que luego me ocultaba voluptuosamente.
Exhalaban perfumes aquellos senos puros,
perfumes excitantes cual de frutos maduros

Flotaba por el bosque como un alma serena;
pero me circulaba, yendo de vena en vena,
un áspero falerno de juventud . . . ¡Oh risas,
risas tintineantes que llevaban las brisas,
las brisas que del hondo regazo del bosque
lanzaban un saludo nemoroso y salvaje
al último desmayo del postrimero rayo
de aquel evanescente atardecer de Mayo!

GABRIEL D'ANNUNZIO.



La flor de la champaca

(Versión de la novela *Parquda de Jinnat*.)

YE, madre, si sólo por jugar, ¿eh?, me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abriera en la ramita más alta de aquel árbol, y me meciera en el viento, riéndome, y bailara sobre las hojas nuevas... ¿sabrías tú que era yo, madre mía? Tú me llamarías:

—Niño, ¿donde estás?

Y yo me reiría para mí y me quedaría muy quieto. Abriría muy despacito mis pétalos, y te vería trabajar.

... Cuando, después del baño, con el mojado pelo abierto sobre los hombros, pasaras tú por la frescura de la champaca al patinitillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Después de la comida de las doce, cuando estuvieras sentada a la ventana, leyendo el *Ramayana*, y la sombra del árbol te cayera en el pelo y en la falda, yo echaría mi sombrita chica sobre la hoja de tu libro, en el mismo sitio en que leyeras. Pero ¿adivinarías tú que era la sombra de tu hijito? Cuando, al anochecer, la lámpara en la mano, fueras tú al establo, de pronto caería yo otra vez al suelo, y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento.

—¿Dónde has estado tú, pícarrón?

—No te lo cuento, madre, —nos diríamos.

RABINDRANATH TAGORE.



El enfermo gritó.....

El enfermo gritó:—“¿Por qué no viene?
¡Padezco tanto!” Uu galopar seguro
la noche turba, el ánimo previene:
¡es Ella, blanca en su corcel obscuro!

Rápida, sin que nadie se despierte,
cruza. Se reincorpora el moribundo,
llámala por su nombre: ¡Muerte! ¡Muerte!
Ella, pasando, lo miró un segundo.

Y desdeñosa, descendió hasta el pozo
do una niña su cántaro sumía
feliz, y, arrebatándola a su gozo,
desapareció tras de la serranía....

VICTORIA AGANOR.

Tarde vasca

(Versión de F. F.)

La tarde es un silencio oloroso y rosado;
el sol ya declina.
Un lánguido bambú, del aire enamorado
sobre la colina.
Los cabreros se van junto a un torrente en flor,
¡Vespertinos deseos!
Brilla un pozo; se duerme Betharan al calor
de los Pirineos.
De Lourdes va flotando la mística señal
sobre la campaña:
mas la tarde responde al suspiro sensual
que viene de España...

MATHIEU DE NOAILLES. (*)

(*) Nació en París en 1877; hijo de un príncipe ruso; iniciador de una poesía fonética, pagana y bucólica, que en ella tiene singular encanto.



Desaliento

(Versión de A. González Blanco)

La tarde.... Alza los ojos, oh pobre hombre cansado,
deja el largo poema apenas comenzado,
y mira allá a lo lejos, como un pájaro herido,
la tarde que en el cielo ya se ha desvanecido.
Hacia la tarde tus mustios ojos levanta.
Como un gris pajarraco que un dulce rayo encanta,
la tarde gira y ciérnese antes de que, en reposo,
se pose sobre el techo —el techo silencioso.
Esta es la tarde triste, divina. Dulcemente
cae sobre la tierra callada, lentamente.
Como los operarios discretos, reposemos
después que, como siempre, penado en vano habemos.
¡Oh, este de la esperanza dulce derrumbamiento!
¡Este ritmo violento y fatal de la suerte!
¡Si como aquesta tarde fuera dulce la muerte
aceptemos con gozo este ritmo violento!
Querer y sufrir mucho; luego querer, sufrir
de nuevo, infatigablemente. Después, morir.....

FERNAND GREGH.

Cementerio en Broadway



ESTÁ tapiado este breve camposanto abierto de la ciudad comercial, por las cuatro rápidas y constantes concurrencias del elevado, el tranvía, el taxi y el subterráneo, que jamás le faltan a su silencio obstinado y pequeño. Un sin fin de rayos de fugaces cristales correspondidos, que anuncian con letras de oro y negro todos los *and Co* de Nueva York, hieren, con la movible alquimia del sol último, recogido interminable y variadamente en sus coincidencias, las espaldas y los hombros de las tumbas viejas, cuya piedra renegrida y polvorienta se tiñe, aquí y allá, de color de corazón. ¡Pobre pozo de muertos, con tu iglesia de juguete, cuyas campanas suenan al lado de las oficinas que sitian tu paz, entre los timbres, las bocinas, los silbatos y los martillos de remache! Mas lo puro, por pequeño que sea y por guerreado que esté, es infinito; y sólo la escasa hierba agriverde que de los muertos de otro tiempo brota, y una única florecita roja que el sol, cayéndose, exalta sobre una losa, colman de poesía esta hora terrible de las cinco, y hacen del cementerio un único hermano gemelo del ocaso inmenso, transparente y silencioso, de cuya hermosura sin fin queda la ciudad viva desterrada.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.



Una fotografía

¡OH imagen gentil de mi amado perdido, imagen que el sol inconsciente grabó con sus dardos! Al contemplarte, amado rostro mudo de ojos luminosos, pienso en aquellos días, en los cuales te embellecía una sonrisa fugaz, en los cuales tus labios repetían con dulce acento el nombre mío. ¡Querido rostro de los ojos luminosos, dulzura mía! Al través de mis lágrimas te contemplo, y al considerar que tú no me miras, se me deshace el corazón.

CLEMENTINA LAURA MAIOCCHI.

Los vencidos

SON centenas, son miles, son millones,
falange que borbotaba,
cuyas filas atruenan con los sonos
de tempestad remota.

Avanzan, bajo el látigo del viento,
en marcha sosegada;
muda la testa, el hábito harapiento,
y febril la mirada.

Me buscan portentosamente unidos.
En ola vagabunda,
de gris color y rostros ateridos.
la hueste me circunda.

Y me asedian, me abruman, me aprisionan.
Oigo cómo respiran.
Dan sollozos que al aire se abandonan;
blasfeman y suspiran.

«Venimos de los báratros sin fuego
y del dolor tenace
por quien el cuerpo se desploma y luego
cede, se dobla y yace.»

«Venimos del cubil que nadie nombra,
de los antros del suelo,
y proyectamos una inmensa sombra
de peligros y duelo.

Pedimos a la fe sus ilusiones
y nos brindó falsía,
y hasta el amor—fanal de corazones—
fué sólo alevosía.

El trabajo que da la bienandanza
no oye nuestros gemidos.
¿En dónde está la fuerza o la esperanza?
¡Piedad con los vencidos!»

ADA NEGRI.

Poeta y mendigo

Los dos ante la senda del destino,
los dos ante el sustento cotidiano:
yo con el hambre de mi pan divino,
tú con el hambre de tu pan humano.

Dios nos une en la margen del camino,
y nos dá en el dolor, hondo o liviano,
a mí la espera en lumbre de Aladino,
y a tí el derecho de tender la mano.

Pasa y nos deja una imprevista gracia
a veces alguna alma peregrina;
más el hambre en los dos nunca se sacia.....

Seguimos esperando en el sendero:
tú que brille en tu mano una esterlina,
yo que baje a mi vida algún lucero.

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.



El quetzal

Alado pensamiento de colores
que arcoirisa el azul con tardo vuelo,
condensación crepuscular de cielo,
alma de pedrerías y de flores.

Augur de los altivos gladiadores
que defendieran palmo a palmo el suelo,
cuando envolvió a la América el anhelo
devastador de los conquistadores.

Estuche de esmeraldas y rubíes,
redondos ojos como puntos de íes
que se encienden, al ver, como una brasa.

La Libertad bajo sus alas vuela,
y en su augusto silencio se revela
la infinita tristeza de la raza.

FÉLIX CALDERÓN AVILA.

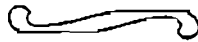
El eterno error

NO lo dice todo y poco es lo que da: pero quien lo esperaba y hoy lo escucha, se inclina dócil al *Credo*, y parece que afirma: *¡Ah, sí! La vida es buena,*

De las vigiliass de armas él no habla; tal vez no las tuvo, o si las tuvo emplea todo su esfuerzo para no decir que ahoga los antiguos sueños y a otros nuevos se abandona.

Ella murmura: *Hasta la muerte . . .* —y pone la última condición y canta victoria. El no busca eternidad de fe. A la fragilidad de un amor opone otras batallas que le darán segura gloria. ¡Es un fuerte, es nn hombre, es el que no cede!

ADELAIDA BERNARDINI CAPUANA.



Les prieres s'en vout au ciel.....

(*Version de E. D. C.*)

Las plegarias al cielo suben como las flores;
cómo, nadie lo sabe; son algunas lujosas,
cargadas de perfume, como las tuberosas,
otras, míseras, pobres, de mezquinos olores,
como los pensamientos de un jardín indigente,
y el poeta las ve subir al Indnlgente
Padre, que sabe el peso del oro y de la plata.
Él es quien de las flores el valor aquilata
cuando las ve subir. I puede sólo Él
juzgar sobre las luchas del mundo, de horror llenas,
si la humildad azul de un ramo de verbenas
vale igual, más o menos, que nn altivo clavel.
Porque con el cuidado de un marino que hubiera
corrido temporales en muchos oceanos,
muy viejo, desde el cielo de nácar en que impera,
sobre la inmensidad extiende Dios las manos
a cuantos le consagran sus dolores humanos
lo mismo en un diamante que en una primavera.

FRANCIS JAMMES.

La salamandra



LA edad de cinco años, estando mi padre en una habitación en la cual habíase guisado de comer, quedó un buen fuego de encina. Él, con una viola en el brazo, tocaba y cantaba solo alrededor de aquella fogata. Hacía mucho frío. Al mirar el fuego, vió por casualidad en medio de las más ardientes brasas, un animalillo como una lagartija, el cual se refocilaba en las llamas vigorosas. Al ver en seguida de qué se trataba, hízonos llamar a mi hermana y a mí, y al mostrárnoslo dióme un gran cachete, por lo cual, muy compungido, me eché a llorar. Me aquietó entonces, dulcemente, y me habló así:

—Hijito mío querido, no te pego por ninguna cosa que hubieses hecho; mas tan sólo para que te acuerdes de que aquella lagartija que en el fuego viste, es una salamandra, la cual no ha sido jamás vista por nadie de quien haya verdadera noticia segura.

Al decirme eso, me besó y me dió algunos cuartos.

BENVENUTO CELLINI.



La reconciliación

Alucinaudo los silencios míos,
al asombro de un cielo de extrañeza,
la flébil devoción de tu cabeza
aletargó los últimos desvíos.

Con violetas antiguas, los tardíos
pendones de tus ojos mi aspereza
mitigaron. Y entonces la tristeza
se alegró como un llanto de rocíos.

Una profética efusión de miedos
entre el menudo aprisco de tus dedos,
como un David, el piano intérpretaba.

En tanto, desde el místico occidente,
la media luna, al ver que te besaba,
entró al jardín y se durmió en tu frente.

JULIO HERRERA REISSIG.

Despertar

(Versión de F. F.)

¡Oh! el claro despertar con el sol sobre el muro!
Abrir nuestra ventana al límpido aire puro
que en tu cuarto una hoja o una abeja te arroje.
Sentir que es la mañana, que todo se recoge:
en la enramada el pájaro, bajo la sombra el grillo,
en los campos que cubre el trigal amarillo;
escuchar la canción lejana y decreciente
de la pastora moza, en pie, junto a la fuente
que refleja el rebaño sobre el agna en sosiego;
seguir al sol que besa, en un vibrante juego,
el entreabierto libro, la página acabada . . .
y recordar de pronto la áurea estrofa soñada.
¡Oh rosas del jardín, rosas del claro cielo,
juventud matinal de las cosas sin velo!
Ver humear la choza y pensar que a esta hora
riendo, una muchacha de piel dorada y blanca,
en la pradera en flor, bajo la sombra, arranca
un ramo de cerezas empapadas de aurora.

LÉO LARGNIER.



Cuadro de Rodin

Tendido en la llanura juega el viejo centauro
con un niño, y el niño trepa sobre la espalda
del monstruo; alborozado le maltrata y sonrie
de la grupa, los cascos y las crines de plata.

Resbalando en el lomo, le apostrofa de anciano,
y la bestia hechizada
por el cuerpo menudo, por la fuerza naciente,
ciñe el torso de rosa y afligido le habla:

—Dulce niño que ríes bajo el astro de oro,
mira al cielo, oye el grito de la mar enrespada;
viajarás en las ondas, cual vagué en las florestas;
con la luz de mis ojos muere la edad pagana.

Es la ley; yo declino cuando se abren tus labios
florecidos de gracia.....—
Y el rapaz malicioso, con su mano traviesa,
alborota al centauro su melena de plata.

VÍCTOR M. LONDOÑO.

Himno nacional de Grecia

OIGO el ruido sordo de los fusiles—oigo el choque de las espadas—oigo las mazas y las hachas—oigo los dientes que rechinan. —¡Ah, qué noche!— El recuerdo me hace estremecer. ¡Oh noche sin más sueño— que el de los muertos horribles.....!— Antes eran numerosos: ahora la bala— ya no hablará a sus oídos:— todos están tendidos en el suelo, todos— la sangre forma un arroyo rodando en el valle— y en la yerba pura— todo se moja de ese rojo rocío—. Fresca brisa de la aurora—, ya no soplarás— bajo la estrella de los tiranos—; soplo, soplo de la cruz.....!— He aquí ahora las llanuras de Corinto— el sol no brilla solo— entre los plátanos— entre las viñas, entre las aguas— en el aire tranquilo— ahora ya no snenan— las flautas pastoriles— ni los balidos de las ovejas—; las armas por millares invaden la ribera—, pero los bravos— no se intimidan ante el número—. ¡Oh trescientos de las Termópilas, levantáos—. volved a nosotros— y veréis cómo vuestros hijos son iguales a vosotros!

DENYS SOLOMOS.



La mejor poesía

NO escribiré más versos, ¡oh misteriosos
númenes!
No imprimiré más vanos y sonoros volúmenes
—el poeta decía—.
De hoy más sea el silencio mi mejor poesía.
De hoy más el ritmo noble de mis actos diversos,
sea, celestes númenes, el ritmo de mis versos.
De hoy más, estos mis ojos, de mirar claro y puro,
cerca de cuya lumbre todo verso es obscuro,
traduzcan lo inefable de mis ansias supremas
mejor que las estrofas de los hondos poemas
Y lo que su silencio no supiere expresar,
leedlo en las estrellas, las montañas, el mar;
en la voz temblorosa de una amante mujer
(siempre y cuando su enigma sutil sepáis leer);
en las brisas discretas, en el trueno salvaje
y en la nube andariega, que siempre va de viaje.
¡Oh, diáfano hilo de agua, lo que yo callo di!
¡Oh, rosa milagrosa, haz tú versos por mí!

AMADO NERVO,

Madrid, 1916.

Bolívar

(Introducción de Luis M. Dávila)

... Y BOLÍVAR, el *Washington de Colombia*, el *Libertador Bolívar*, ha desaparecido también sin dejar fama. Melancólicas litografías nos lo representan como un hombre de cara larga y anchurosa frente, de aspecto adusto, reflexivo, conscientemente reflexivo, de nariz ligeramente aguileña, con mandíbulas de una angulosidad terrible y ojos oscuros y profundos. un tanto juntos (circunstancia esta última de la cual deseamos ardientemente que sólo la litografía sea culpable): tal es el *Libertador Bolívar*, hombre de duro batallar, de duro cabalgar, de múltiples dotes, aficciones, heroísmos e histrionismos en este mundo; hombre muy sufrido y de muchos arbitrios; muerto hoy y olvidado, y de quien, con excepción de la litografía melancólica, el público europeo conoce poco menos que nada. Y, sin embargo, ¿no anduvo de un lado a otro, muchas veces como un desenfrenado, con su indómita caballería envuelta en mantas, y su guerra de emancipación *a muerte*? Cubierto con su manta,—poncho llaman los sudamericanos a unas mantas cuadradas con una corta abertura en el centro para pasar por ella la cabeza y dejarlas colgando,—cubierto con su manta y sin llevar absolutamente otro vestido, más de un jinete libertador ha cabalgado por aquellos ardientes climas y ha combatido valerosamente, también, envolviéndose el poncho en los brazos para lanzarse a la carga.

Con semejante caballería, y con la correspondiente artillería e infantería, recorrió Bolívar, combatiendo sin cesar, a través de tórridos desiertos, de cálidos pantanos y despeñaderos situados en la región de las nieves eternas, más leguas de las que Ulises alcanzó nunca a navegar: tomen nota de ello los futuros Homeros. En más de una ocasión marchó por Los Andes, hazaña semejante a la de Aníbal, sin parecer atribuirle mayor importancia. Muchas veces vencido, expulsado de la Tierra Firme, volvía de nuevo y de nuevo combatía encarnizadamente. Ganó en las regiones de Cumaná la *inmortal victoria* de Carabobo y varias

otras; a sus órdenes se obtuvo la *victoria inmortal* de Ayacucho. en el Perú, donde la vieja España quemó pólvora por última vez en aquellas latitudes, y huyó luego para no volver. Fué dictador, libertador, casi Emperador si hubiera vivido. Una, tres veces en solemne Parlamento colombiano renunció la dictadura con la elocuencia de Washington, y otras tantas, cediendo a súplicas reiteradas, la reasumió por ser hombre indispensable. Tres veces, o por lo menos dos, formuló con grau trabajo una Constitución libre que instituía *dos Cámaras y un Gobernador Supremo con facultad de designar sucesor*, la más razonable de las Constituciones democráticas que se puedan en verdad imaginar, y dos veces, o por lo menos una, al ensayarla el pueblo la declaró inadmisibile. Era de tiempo atrás muy conocido en París, en los círculos disolutos, filosófico-políticos y otros. En más de una alegre *soirée* parisiense ha brillado este Simón Bolívar, y en sus últimos años, en el otoño de 1825, recorrió triunfante el Potosí y las fabulosas ciudades del Inca, circundado por nubes de indios que danzaban y prorrumpían en gritos de guerra, y cuando se avistó el Cerro, montaña metalífera, echáronse a vuelo todas las campanas y tronó la artillería—dice el General Millet. Si no es éste un Ulises, Polítas y Polímeto, ¿quién habría de serlo? Es, en verdad, un Ulises cuya historia valdría la tiuta que en ella se emplease, sólo con que apareciera el Homero capaz de escribirla.

.....

THOMAS CARLYLE.



Visita nocturna

CUANDO la noche daba su negror más intenso
y la lluvia quería desplomar los tejados,
cuando a cada minuto veíanse incediados
lós cristales al paso de un relámpago inmenso,
una extraña visita me ha dejado suspeuso.

—Traed vino caliente porque un buen peregrino
por la lluvia calado y al morir de fatiga,
ha llegado a mi casa y mi casa es amiga
de aquel a quien la noche sorpreude en el camiuo.
—Gracias, el fuego basta. yo jamás bebo vino.

—Echad esos fagotes entre la chimenea,
atizad el brasero y haced la llamarada.....
y del ajuar de lino que blangué la colada
traedle ropa nueva, pues aquesta chorrea.

—Gracias, el fuego basta, mirad que ya se orea.

—¿No habláis? Parece, amigo, que de la misma murria
que me atosiga el alma sufrís... Llamad al paje
y este señor escuche la bizarra y salvaje
canción que endulza triste la voz de la bandurria.

—Gracias, el fuego sabe cantarme su canturria.

—¿Lleváis acaso adentro los cansancios del yermo?
Bien se nota.... Mis criados, hacedle un lecho blando
donde repare fácil sus fuerzas dormitaudo
y olvide que está viejo, nostálgico y enfermo.

—Gracias, el fuego basta, yo a su calor me duermo.

¿Qué loco de obsesiones de la más ruda casta
la noche trajo a hacerme tan rara compañía?
Idos, mis criados, idos..... Esperamòs el día
tal como véis..... Es tarde. La lámpara ya exhausta
se apaga y al viajero la lumbré sola basta.

Marcó el reloj la angustia del silencio morboso
que nos aniquilaba en los blandos sillones,
y el tic-tac de la péndula con sus vacilaciones
adelantaba un largo proceso doloroso.

Y el raro huésped dijo:—¡Me mata este reposo!

Pisó con giro rápido los zócalos, y luego,
hecho un ovillo, entróse daudo un ligero grito,
como la salamandra fantástica del mito....

—¡Señor! ¡Mis criados! ¡Pronto! Y el hombre con
sosiego

desde las llamas dijo:—¡Gracias, me basta el fuego!

LUIS TABLANCA.

La fortaleza

(Traducción de Ismael Barrios Arriaga)

Si grande ser deseas, erige en alta cumbre
tu fortaleza, y hazla para tí solamente. . . .
Que a sus muros no pueda llegar la muchedumbre,
que se alce inaccesible sobre la roca ingente.

Álzala en el orgullo de la cima inviolada,
en las rutas azules del águila y del trueno,
reina de mármol blanco que mira a la hondonada,
albo lirio de piedra sobre el azul sereno.

Que fulgure tan lejos en la roca bravía,
tañe lejos, que los hombres, absortos en su anhelo,
crean mirar un nuevo resplandor en el día,
y no sepan si viene de la tierra o del cielo.

Haz tú solo el santuario de tu alma, el santuario
donde la luz empieza, donde la sombra acaba;
y para que florezca tu ensueño solitario,
esta palabra mágica: YO, sobre el muro graba.

Después, duros cerrojos echa sobre la vida,
aíslate y la puerta cierra al viento que pasa,
y si el techo te ahoga, busca al cielo salida
para que venga el alma del cielo hasta tu casa.

Y allí en lo más recóndito de tu mansión secreta,
altar de hierro y oro para tu fe levanta,
y ante ese altar adora tu ideal de poeta,
y con tu vida a solas y con tu Ensueño canta.

Canta el amor sagrado que tus entrañas quema,
canta para que arrulles tu alma en la luz absorta,
canta para los ástros radiosos tu poema,
y si los hombres no oyen tus himnos, nada importa.

Solo, divinamente solitario en tu encierro. . . .
La soledad es fuerza y el mayor de los bienes,
es el vuelo del alma que sube del destierro,
el umbral encontrado de perdidos edenes.

Sólo una patria es tuya sobre el mundo: tú mismo.
Canta, y cuando tu espíritu se hunda en la eterna
calma,
lleva el supremo orgullo, de la muerte al abismo,
de que vivir supiste la vida de tu alma.

EDMUNDO HARAUCOURT.

El alma es impenetrable

EL genio del hombre puede hacer que su voluntad y su palabra den la vuelta al mundo en un instante; puede poner su idea en contacto con todos los pueblos del orbe; podrá algún día llevar su pensamiento a otros planetas; alcanzará a definir la substancia de que se componen los mundos alejados a millones de leguas de nuestra vista; podrá unir su deseo al de los moradores de aquellos astros que vibran en el último rincón del Universo ... ; mas no podrá jamás nuestro cerebro penetrar en la conciencia humana, aunque se halle a un centímetro de distancia.

Nada hay más impenetrable que la conciencia humana, si ésta no quiere abrirse a la mirada ansiosa que la sondea. Porque aun en los momentos en que los espíritus se confunden en una sola voluntad, aun entonces existe la reserva de algún sentimiento que no se confía a nadie.

P. GIRALT.



En los Inválidos

(NAPOLEON)

EL frío mármol cubre su corazón de acero.
Inmóviles rodéanle sus bravos mariscales,
Y entre banderas rotas y trofeos marciales
para siempre reposa el temible guerrero.

Más grande que los rudos paladines de Homero,
máximo entre los férreos varones inmortales,
deslumbró al Viejo Mundo con sus rojos ideales
y acataron los reyes su ademán altanero.

En piélagos de sangre convirtió las naciones
al formidable trueno de sus roncós cañones,
y en las vastas pirámides su nombre dejó escrito.

Le coronó la gloria de fulgurantes lumbres,
revoló como un águila sobre todas las cumbres...
Y hoy duerme en ese bloque de gélido granito.

FROYLÁN TURCIOS.

Sensitiva

Mi soneto no es como las orquídeas triunfales
que se abren a la sombra de tus tibios salones,
ni cual los crisantemos de frágiles puñales
que decoran el Sevres azul de tus jarrones.

Es más bien una planta de marchita verdura,
que repliega sus hojas si una mano la mueve;
si un aurífero rayo del buen sol la tortura;
si la agitan los soplos de la brisa más leve.

Así cuando divaguen tus augustas miradas
por este libro lleno de rímas perfumadas,
entre las que mi estrofa se desenvuelve esquivada,

mi soneto, al contacto de tu mano armoniosa,
y al sentir que le bañas con tu lumbre gloriosa,
recogerá sus hojas como una sensitiva.

RAMÓN ORTEGA.



El leñador

Dichoso leñador que en la montaña
estás en tu labor entretenido,
y a la luz de la tarde, ya rendido,
regresas jubiloso a tu cabaña.

En tu alma limpia, a la maldad extraña,
no suena el eco del mundano ruido,
la eterna sinfonía del gemido
que el dolor de nuestra alma desentraña.

Peró esa dicha que en tu pecho alienta
no tiene mucha miel ni es luminosa,
pues tu obscura ignorancia la sustenta.

Más vale el fuego de la lucha ardiente,
más vale nuestra vida tempestuosa,
muy llena de dolor, pero consciente.

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.

En la playa ignorada



EN la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, reclinaste aquel día tu cabeza gentil. La ruda corteza no ha de olvidar la caricia tibia de tus cabellos . . . , y yo no olvidaré jamás que tus dedos finos y sonrosados peinaban los míos, como un desfile de palomas blancas internándose por un zarzal.

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol, que nunca más veremos, tu mano blanca y suave cortó la flor brillante de una extraña parásita...—Llévemola—dijiste—; y besándola, la acercaste luego a mis labios. En ella quedaron nuestros besos . . . mas, ¿dónde están ahora que la ausencia y el tiempo han consumido sus pétalos de oro?

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, grabaste unas cifras que decíau mi nombre. Debajo escribí yo la música del tuyo. La ruda corteza guardará todavía nuestros nombres . . . ; pero mis ojos ya nunca los verán.

En la playa ignorada, tras el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, te escondiste a escuchar las quejas de un zenzontle que llamaba a su amada. Los lirios de tu mauo cerraban mis labios, mientras con la otra señalabas un nido

Tal vez en este instante escucha el árbol los trinos del pájaro feliz. Y yo oigo, no más, extrañas voces, extrañas voces que uada dicen a mi alma.

En la playa ignorada, bajo la copa umbría de un árbol que nunca más veremos, largas horas pasamos mirando las dormidas ondas

Y ahora, yo estoy aquí ¡tan solo! y mi cabeza dolorida quisiera reclinarse una vez más en el rugoso tronco, y mis cansados ojos quisieran dormir su último sueño bajo la copa umbría, en la playa ignorada que nunca más veremos.

ALBERTO MASFERRER.



Las cosas marchitas

(Versión de Carlos de Battler)



¿SIENTEN ustedes como siento yo el encanto de las modas antiguas y el doloroso encanto de las cosas viejas que todavía viven? Sí, lo sienten, y yo lo advierto en la poderosa y silenciosa emoción que se retrata en sus pálidos rostros. Al decirles que se preparasen para sufrir no les he engañado. Estos adornos nos imponen la visión real de las muertas adorables, mucho mejor que el barniz y el embebido de los retratos. ¡Ah! ¡El sortilegio de las telas marchitas, las languideces patricias de todas esas orfebrerías de seda y de raso!

Y si aquí reina atmósfera de iglesia—porque aquí se experimenta el respeto que inspiran los lugares santos,—es porque flota, invisible y palpable, el alma imperiosa de las antiguas aristocracias. ¡Cuánta gracia autoritaria, cuánto orgullo en los pliegues de esos trajes, cuánta elegancia innata en los enormes miriñaques, y cuánta hermosa audacia hasta en la misma ridiculez de los peinados! Y aquí encuentro yo a toda una sociedad desaparecida y que he conocido. Aquí estoy en mi casa. Un gabinete de muertas, es cierto; pero de muertas vivas, pues conozco las palabras que dan alma a esos harapos, conozco las palabras de amor y las caricias que encienden sonrisas y miradas; porque esas muertas se me aparecen, y se me aparecen porque las adoro, y me obedecen porque lo saben y porque el amor es lo único que resucita a los muertos.

JEAN LORRAIN.



Ici-bas

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Aquí abajo las lilas se marchitan,
la canción de los pájaros es breve;
yo sueño en los estíos que perduran
siempre.....

Aquí abajo los labios se aproximan
sin que el roce fugaz la huella deje;
yo sueño con los besos que perduran
siempre.....

Aquí abajo los hombres van llorando
amistades y amores que perecen:
yo sueño con idilios que perduran
siempre.....

SULLY PRUDHOMME.



Princesas de Salm-Salm

(Traducción de M. Cigna Aparicio)

Princesa de Salm-Salm! ¡Qué bonito nombre,
acariciador e irónico como una canción de Heine!
Evadidas de su dominio—me las imagino—aventu-
reras y seductoras en la Corte de Viena, en Praga,
cuyas cartas me informan que ellas fueron las
familiares.

—Mi madre solía hablarme de las princesas de
Salm-Salm—me dice una anciana señora del país.

Pero la noche ha invadido todas las imágenes
que guardabau de sus antiguos soberanos. Ni
siquiera se tornarán hadas, como es derecho de
toda princesa olvidada. Los muchachos de Seno-
nes entienden muy mal sus placeres, puesto que a
los veinte años no sueñan con encontrarse, al re-
volver de una senda, las damas fenecidas de Salm-
Salm, bajo los pinos de olor embriagador.

Todo lo atañente a ellas ha muerto. En el jar-
dín de las princesas no he encontrado ni una flor
que pudiesen amar. . .

MAURICE BARRÉS.

A una muerta

(Traducción de Sabimán de la Selva)

PÁLIDA amada mía, bella como una flor,
que apenas con los ojos me dijiste de amor;
fugaz visión de ensueño que a mi jardín viniste
trayendo en la sonrisa dádivas de amor triste,
tu timidez de niña, tus lágrimas, tu ardor
a pesar de tus dudas me llenaron de amor;
y, ante el sepulcro blanco donde reposas, lloro
la alegría marchita de mis años de oro.
Si un ángel me dijese que ya no dudas más,
cesaría mi pena, dejara de llorar.
Pálida amada mía, de amor desventurado,
¡qué frontera tus pasos tímidos han cruzado!
Dime: ¿en el cielo ríes, y es tu amor menos triste,
y el alma blanca tuya de alegría se viste?

HELEN HUNTINGTON.



Anhelo eterno

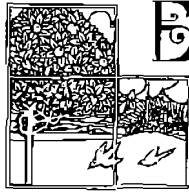
TURBAN con su visión mi ánima inquieta
seres y cosas de diverso modo.
Me obsesiona tenaz una secreta
ansia profunda de saberlo todo.

Almas y formas sin cesar escruto.
Voy tras la luz y cuanto miro observo:
¡desde el genial filósofo hasta el bruto,
desde el rebuzno estólido hasta el verbo!

La obscura flor, la piedra rutilante;
el insecto, el reptil, el astro errante,
la vida y la emoción, la muerte, el numen;
toda la ciencia, la verdad y el mito,
anhela contener en su infinito
mi espíritu en un mágico resumen.

FROYLÁN TURCIOS.

Pareja exótica



EN las Islas Madera, en una tarde amarilla de septiembre, y en el corredor sonoro del hotel, observo esa extraña pareja, mientras saboreo, con lentitud, una copa de añejo porto sangriento.

Visten con elegancia. Ella posee una hermosura alucinadora, mórbida e imperativa. Él tiene un aspecto extravagante e insolente de lacayo o de príncipe sin fortuna.

Hablan, a media voz, en una lengua áspera y gutural, y sus frases suenan como silbidos de víboras en celo. Sus ojos lanzan rayos de odio y a cada minuto sus semblantes se ponen cadavéricos.

De pronto, con un movimiento lánguido, él fija la roja brasa de su cigarro sobre la mano derecha de la mujer, que se apoya en un extremo de la tabla de mármol. Ella no retira la mano ni exhala una queja. La llama devora la fina piel del guante y luego la satinada blancura de la carne. Pero continúa impávida. Sólo sus pardos ojos metálicos, clavados sobre los ojos crueles del hombre, semejan dos flamíferas flores....

Llévase a los labios, con la mano izquierda, el vaso ligero de Chianti, y rompe con los dientes el cristal. Luego asoma a su boca bermeja una sonrisa irónica.... La brasa extingüese, al fin, sobre la carne inmóvil.

La mujer, con felino ademán, arranca de su sombrero un largo penzón de oro, y con la mano herida empieza a clavarlo profundamente sobre las piernas del hombre. Mírale un segundo y con rapidez increíble le da un violento puntazo en una mejilla, y después otro y otro, en la frente, en la barba, en la boca, en la nariz, a una línea de los ojos. Menudas gotas de púrpura aparecen en todo el rostro.... Y él, sin alterarse, la mira en silencio, fríamente....

Ambos se llevan el pañuelo a la cara. Él lo retira tinto en sangre; ella húmedo de lágrimas;... Y ante la máscara trágica del hombre, la mujer siente un mortal calofrío, y luego estalla en una ruidosa risa que agita locamente su collar de diamantes y los pájaros azules de su sombrero.

FROYLÁN TURCIOS.